

# **el otro racismo**

---

## Los iguales, los semejantes, los (hasta hace un minuto) perfectos desconocidos (A cien años de la Redada de los 41)

Carlos Monsiváis

**E**sta es la crónica (muy parcial y bosquejada) de la primera etapa de una minoría mexicana. Al no existir propiamente la historia de esta comunidad involuntaria y voluntaria, he recurrido a los registros literarios, periodísticos, y, a veces, policíacos, y a testimonios —recopilados a lo largo de los años— de un grupo de amigos, entre ellos (cito en desorden) Wencho Mont, Gabriel Orendáin, Carlos Navarro, Rafael Nieto, Jay de Laval, Ben Baz, Ramón Prida, Martín Lagos, Elías Nandino, Carlos Jiménez Mabarak, Salvador Moreno, Xavier Lavalle, Ricardo Luna, Eugenio Servín. Además, y de modo preponderante, los escritos de Salvador Novo. El crédito de las informaciones es suyo, los errores de transcripción son enteramente míos.

*“¡De eso no se habla en mi casa!”*

Si en la lógica del ocultamiento lo que no se nombra con detalle no existe, en el siglo XIX mexicano le corresponde al vaivén de las conversaciones y los rumores las noticias muy despreciativas sobre los gays. (Nunca hay el intento de comprender; sólo, y recurriendo por lo común a las alusiones y la ambigüedad, de invisibilizar “lo repugnante”). Si en el virreinato se condena a los sodomitas a la hoguera, porque “mudan de orden natural”, en el siglo XIX casi nunca se les menciona por escrito, en apego a la consigna del no decir para no propagandizar. En esto se cree: mientras menos se iluminen las circunstancias del pecado, más se pondrá de realce la pureza. ¿Para qué vocear las sospechas de actos de abominación si oficialmente no existen en la sociedad temerosa de Dios? Verbigracia: en materia de inocencia pre-freudiana,

revítese el episodio de la juventud que narra el gran liberador Guillermo Prieto en su clásico *Memorias de mis tiempos*. En un discurso fogoso, Prieto, de 19 años de edad, critica al presidente de la República, Anastasio Bustamante, que lo manda llamar poco después.

—¿Qué hay, hombre? —me dijo— ¿Qué se ofrece?

—Vengo al llamado de V.E.

—Veamos, amigo... (después de examinarme un rato). ¿Realmente me cree usted ese gobernante cruel y descuidado de la instrucción pública?

Yo guardé silencio; pero no las tenía todas conmigo...

En la conversación que sigue, Prieto le relata a Bustamante cuitas y amoríos, que festejan como dos colegas ante confidencias picantes.

—Conque Ud. —me dijo— Ud. me cree ese Minotauro de que hablan los periódicos.

Y sin esperar respuesta gritó: ¡López! ¡López! (vino López).

Este López era un negrozo alto, seco y pasudo, su asistente íntimo.

—Pone Ud. una cama en mi cuarto para el señor, Ud. le obedece y hace saber que se le obedece porque es como mi hijo (yo escuchaba asombrado).

De opositor a *roommate* en un solo día. Prieto y sus lectores del siglo XIX hallan muy normal que de buenas a primeras, nada más por su brillantez y su ingenuidad, un jovencito se mude a la recámara presidencial. La actitud es irreprochable, porque no hay otra interpretación concebible, ni tendría sentido emitirla, y tal ausencia de malicia se reitera en el caso de Ignacio Comonfort, (1812–1863), presidente de la República de 1857 a 1858, soltero confirmado, con apego a su madre en toda circunstancia. Así se desconozca su récord de “masculinidad probada”, Comonfort no despierta murmuraciones, podrá ser virgen pero la malignidad no lo vuelve el mártir dudoso de la “vocación de castidad”.

En la literatura de esos años un tratamiento inesperado del tema lo proporciona *Chucho el Ninfo* (1871), uno de los episodios novelados de *La Linterna Mágica*, la serie costumbrista de José Tomás de Cuéllar, *Facundo*. Como novela, *Chucho el Ninfo* es aterradoramente mala, desorganizada hasta el fastidio y la incomprensión, y colmada de sermones y divagaciones. Sin embargo, interesa porque su protagonista es un gay evidente y porque el autor describe con encono y burla lo que se niega a nombrar en un relato conducido por el determinismo. Desde muy

niño, el personaje ostenta sus preferencias: “Chucho... estaba muy contento entre las niñas: bienestar a que quedó aficionado perpetuamente”. Elena, su madre, viuda prematura, es un sueño parafreudiano: devota del hijo (que la golpea), chantajista sentimental, “un terrón de amores... casi tan consentidora y tolerante como la patria”, obediente al capricho de su hijo hasta la ignominia (le paga a la madre de un niño para que éste se deje golpear por Chucho). Los mimos de Elena hacen que su hijo esté “más barato cada día”, es decir, más femenino y feminoide:

...al notar (Elena) que las formas del niño se redondeaban, abandonaba sin dificultad la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba a contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventado trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de mujer.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, según Elena, y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba a esta transformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

La descripción del gay es clarísima, pero no se producen las conclusiones verbales. Los lectores no admitirían un texto centrado en un marica explícito, y por eso Cuéllar describe sin etiquetar al personaje que acentúa con la edad su afeminamiento, su dandismo y su habla, presumiblemente la de los homosexuales de la época, sumergidos en el cultivo de la apariencia:

Chucho tenía siempre los labios entreabiertos, mostrando una parte de los dientes superiores, los que generalmente le ayudaban a su labio superior a pronunciar las bb. Chucho, además, silbaba las ss, y pronunciaba ligeramente las zz; de manera que su pronunciación era dulce, blanda y se alejaba un poco de la manera en que en México se pronuncia el español.

Este modo de hablar de Chucho era nuevo y resultado de un estudio especial: además hablaba muy despacio.

Chucho repugnaba la acentuación varonil y combatía en su fisonomía la venida de esas líneas que deciden el temperamento viril. Chucho deseaba aparecer niño y una mancha en el cutis la hubiera conceptuada como una verdadera desgracia.

El uso del *cold-cream* había realizado su ensueño de tener una tez virginal; había logrado mantener arqueadas las pestañas; calentándolas con un instrumento de su invención; se pintaba los labios con carmín y tenía diez preparaciones diversas para conservarse la dentadura.

Había logrado convertir su cabello lacio y opaco en enortijado y brillante; conocía todas las preparaciones adecuadas al efecto, y empleaba gran número de peines y cepillos en su tocador.

Se hacía servir por un camarista que le ayudaba a desnudarse...

El "vicio nefando" se despliega pero sin las palabras que vuelvan innegable su existencia. En el momento más atrevido de la novela Cuéllar menciona a "la raza ninfea", la especie de los ninfos o "mujerucos". Y aun esto con disfraces. En uno de los capítulos finales, al ser retado a duelo, Chucho adquiere sorpresivamente la energía: "Le faltaba a Chucho este toque característico de la raza ninfea, y holgábase en su interior de la ocasión que le proporcionaba desmentir su fama de afeminado".

No es aún la hora de la acusación de homoerotismo, realidad que la ignorancia y el conservadurismo arrinconan en las tinieblas de las tramas. Apenas en la segunda mitad del siglo XX, se aborda en México la homosexualidad desde una perspectiva científica o que pretende serlo. Antes, *lo masculino* es la substancia viva y única de *lo nacional*, entendido *lo masculino* como el código del machismo absoluto y *lo nacional* como el catálogo de virtudes posibles, ejemplificadas míticamente por los héroes. La tradición de *lo viril* combina la herencia hispánica y el difuso catálogo de valores cívicos, y juzga tan remota y abyecta la homofilia que ni siquiera tiene caso criticarla. En obediencia de la tradición, Guillermo Prieto, el patriarca de las letras mexicanas, alaba a Cuéllar porque el nombre de Chucho el Ninfo "le sirve a nuestra gente para designar al niño mimado y consentido, entregado a los vicios". Entonces el carácter de "niño consentido" anticipa y vuelve secundaria cualquier especificación de los vicios.

### "Viejo ridículo"

¿Qué se sabe de la vida homosexual en México antes del escándalo social y policiaco del Baile de los 41? Desde la perspectiva gay, sólo se dispone del testimonio del escritor Salvador Novo (1904-1974) en sus memorias sexuales, *La estatua de sal*, escritas en 1944 o 1945, y publicadas por Conaculta en 1998. Novo refiere la historia de un "aristócrata", Antonio Adalid, hijo de un caballero del emperador Maximiliano y ahijado de bautizo de los emperadores. Con el sobrenombre de Toña la Mamonera, Adalid, que fue el alma de las fiestas

privadas de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, evoca “con una risa sus excursiones colectivas y tempraneras a Xochimilco, en tranvía, todos con sacos azules y sombreros de jipijapa”. Eso, y su historia de amor que le refiere al Novo adolescente:

Había alcahuetes —¿la propia Madre Meza?— que procuraban muchachos para la diversión de los aristócratas. Una noche de fiesta, Toña bajaba la gran escalera con suntuoso atavío de bailarina. La concurrencia aplaudió su gran entrada; pero al pie de la escalera, el reproche mudo de dos ojos lo congeló, lo detuvo. Parecía apostrofarlo: “¡Viejo ridículo!” Toña volvió a subir, fue a quitarse el disfraz, bajó a buscar al hermoso muchacho que lo había increpado en silencio. En ese momento se ponía al remate al mejor postor la posesión de aquel jovencito. Antonio lo compró.

Se llamaba también Antonio. No llegaba a veinte años.

Sea en el famoso baile de los 41, sea en otro, estalló el escándalo. Don José Adalid desheredó y desconoció a este hijo degenerado, mancha de la familia que huyó desconcertado, aturdido, inválido, llegó a San Francisco, California, con unos cuantos dólares en el bolsillo y sin saber qué hacer. Entró en una iglesia, se acercó al confesionario, drenose de todas sus culpas. “Dios te ha enviado aquí —le dijo el sacerdote—. Necesitamos un profesor de castellano en el St. Mary’s College. Te ofrezco un sueldo, un cuarto, comida y ropa limpia.” Antonio vio el cielo abierto; empezó a dar clases, desde su buen inglés de Inglaterra, y a rumiar sus recuerdos en la soledad de su pequeño apartamento. Nada sabía, nada quería saber de México. Le parecía haber muerto, o hallarse en medio de una pesadilla.

Una tarde llamaron levemente a su puerta. Abrió. “Aquí estoy” —le dijo Antonio. “Tú comprendes que desde ese momento... no me separaré nunca de él”.

De la vida gay en el porfiriato nada más eso se sabe: fiestas “exclusivas”, travestismo frecuente, rifa de jóvenes hermosos y, si sobreviene la desgracia pública, la condición de “sepultados en vida”. Lo demás se presupone: ligues con soldados, identidades sólo definidas negativamente, descubrimiento espantado de la inclinación sexual, rezos obsesivos “para que la Virgen me cure de esta aberración”, discreción absoluta con el padre confesor... Y antes del Baile de los 41, en las publicaciones sólo se menciona brumosamente a los “invertidos”, que en los libros de psicología, muy precarios, no tienen cabida. En Inglaterra, los procesos de Oscar Wilde (1895) divulgan los sitios y el tipo de jóvenes “equivocos”, e iluminan la defensa patética y a fin de cuentas extraordinaria del “amor que no se atreve a decir su nombre”; en México, únicamente la Gran Redada quebranta el silencio del tradicionalismo y su “odio que no se atreve a escribir el nombre de los seres odiados para no favorecerlos con la mirada de desprecio. Ni eso merecen”.

La Redada es tan resonante que durante casi un siglo un número, el 41, es anuncio de incriminaciones y choteos, y si en cualquier circunstancia el número le toca a alguien del sexo masculino, éste exclamará con el infantilismo previsible: “zafo (a mí que no me involucren)”, en medio de las risotadas. A la luz de la Gran Redada, el homosexual será necesariamente el travesti o el que por sus modales, voz y vestuario, “está a punto de serlo”. No obstante, son muy escasas las noticias del baile mismo: el 20 de noviembre de 1901, en la calle de la Paz, la policía interrumpe una reunión de homosexuales, algunos de ellos vestidos de mujer. Según el rumor perdurable, entre ellos se encuentran representantes de familias notables del porfiriato, que o compran su libertad dejando presos a los de escasos recursos o adquieren con dinero el silencio sobre su presencia. Y el chisme se desborda, contando la huída por las azoteas del más prominente de los afeminados, don Ignacio de la Torre, casado con la hija de Porfirio Díaz.

Muy poco después del Baile de los 41 aparece una hoja volante del taller de Arsacio, con los grabados extraordinarios de José Guadalupe Posada. Allí vienen unos versitos pésimos que describen “el aquelarre”.

Cuarenta y un lagartijos  
disfrazados la mitad  
de simpáticas muchachas  
bailaban como el que más.

La otra mitad con su traje,  
es decir de masculinos,  
gozaban al estrechar  
a los *famosos jotitos*.

Vestidos de raso y seda  
al último figurín  
con pelucas bien peinadas  
y moviéndose con chic.

Sus caras muy repintadas  
con albayalde o con cal,  
con ceniza o velutina...  
¡Pues vaya usted a adivinar!

Llevaban buenos corsés  
con pechos bien abultados  
y caderitas y muslos...  
postizos... pues está claro.

Entran los gendarmes, “alertados por los vecinos”, se produce la escena que regocija a la ciudad: unos quieren correr, o “echarse en el común”, otros se desnudan o *les da el patatús*. “Lloran, chillan y hasta ladran”, y se les lleva al trote a la cárcel.

Al día siguiente ¡oh dolor!  
a patinar se los llevan,  
con macizas escobotas  
que coger pueden apenas.  
¡Qué figuras tan chistosas  
los maricones hacían!,  
levantándose las naguas,  
y barriendo de prisita.

Como era una calle pública  
donde hacían la limpieza,  
se tapaban las carotas  
con sus pañuelos de seda.

La carcajada, el peso de la ley y el desprecio integran el comité de recepción de los homosexuales en el siglo XX. A Los 41 se les condena a trabajos forzados en Valle Nacional, Yucatán, entonces el infierno por definición. Según la hoja volante de Vanegas Arroyo, se les envía a Yucatán a combatir a los mayas.

¡Ay! pero cuál será el castigo  
para *nosotras*, dijeron...  
—¡Pues que los van a estacar!  
lueguito les respondieron.

Lo que sigue es la irrisión, la mofa de los jotos, de sus lloros y gemidos, de su destino aciago:



Y otros de ellos la comida  
irán a hacer a la tropa;  
pues pa soldados no sirven,  
nada más para la sopa.

Uno de aquellos maricos,  
marico de gran vergüenza,  
con una aguja intentaba  
arrancarse la existencia.  
¡Pero qué! No lo dejaron,  
y en un baño de regadera,  
le dieron para evitarlo  
en plenas asentaderas.

Se insiste: en su mayoría, son aristócratas los asistentes a ese “baile singular” lo que lleva la hoja volante al título escarnecedor: “Aquí están los maricones, muy chulos y coquetones”. Sin embargo, la lista de los 41 nunca se divulga, a ninguno se le delata por escrito y casi seguramente a Yucatán sólo se envía a los pobres. Se aplasta la perversión, pero si los pervertidos son ricos sus nombres se confían a los patíbulos del chisme. A los gays de la élite los invisibilizan sus relaciones de poder y los vuelve visibles el rumor que es a la vez aureola de la degradación y fiesta de los humildes. Y nadie desmiente nunca (sería conceder en demasía) la presencia en la fiesta de Nacho de la Torre, del que se divulgan sus excentricidades, su fortuna, sus desplantos. Según cuenta su amigo José Juan Tablada en *La feria de la vida*, De la Torre, al enseñarles su gran colección de zapatos y botas de montar, se ufana: “Señores, ésta es mi biblioteca”. Es, además, hacendado en Morelos y entre sus trabajadores se encuentra Emiliano Zapata, que —según la leyenda— viene a México por vez primera en 1910, como caballerango de don Nacho.

¿Por qué se esparce la noticia del yerno de Porfirio Díaz sorprendido en un baile? ¿Por qué el poder absoluto del dictador no elimina la noticia? Porque nadie puede disminuir un escándalo inmenso, y porque nadie se atreve a contradecir los rumores. Ciudad chica, infierno divulgado. ¿Y a qué señores de sociedad se les endilga el milagrillo de Los 41? Además de Antonio Adalid, las noticias son vaguísimas. En el chismerío antiguo de Sinaloa se incluye a un hacendado, el solterón

Alejandro Redo, que manda construir un aviario de grandes dimensiones en donde pasa las tardes. Los demás "aristócratas perversos" muy posiblemente se casan o emigran.

### "Muy chulos y coquetones"

Gracias a la cultura popular, la Redada persevera en la memoria colectiva, y los grabados de José Guadalupe Posada fijan las imágenes del acontecimiento, la reunión de "fenómenos", donde caballeros burdamente travestidos, con todo y bigote y patillas, bailan rumbo a la picota social. Un libro de la época, que quiere ser novela, da idea de las resonancias del acontecimiento. En *Los cuarenta y uno. Novela crítico social* (1906), su autor, Eduardo A. Castrejón, predica —de otra manera la novela no se imprime— contra la "injuria grave a la Naturaleza", la homosexualidad, e inventa una velada abominable:

El corazón degenerado de aquellos jóvenes aristócratas prostituidos, palpita en aquel [sic] inmenso bacanal.

La desbordante alegría originada por la posesión de los trajes femeninos en sus cuerpos, las posturas femeninas, las voces carnavalescas, semejaban el re-trete-tocador de una cámara fantástica; los perfumes esparcidos, los abrazos, los besos sonoros y febriles, representaban cuadros degradantes de aquellas escenas de Sodoma y Gomorra, de los festines orgiásticos de Tiberio, de Cómmodo y Calígula, donde el fuego explosivo de la pasión salvaje devoraba la carne consumiéndola en deseos de la más desenfadada prostitución.

Si Castrejón no es, como cabría suponer, un gay ansioso de exhibir sus obsesiones con el pretexto de fustigarlas, resulta un moralista sin talento literario, preocupado por los "jóvenes inflamables, repudiables, odiosos para el porvenir y por todas las generaciones, escoria de la sociedad y mengua de los hombres honrados amantísimos de las bellezas fecundas de la mujer". En *Los cuarenta y uno*, Ignacio de la Torre es don Pedro Marruecos, el eje de esa sociedad perversa, y el único que escapa de la Redada, cuyo momento ígneo asombra a Castrejón:

Entretanto, en el salón crecía el entusiasmo. Ojos fosforescentes, ojos lúbricos, ojos lánguidos; caderas postizas ondulantes, gráciles, con sus irreprochables curvas; rostros polveados, pintarrajeados; pelucas maravillosamente adornadas con peinetas incrustadas de oro y joyas finísimas; pantorrillas bien cinceladas a fuerza de algodón y auténticas de amorfas flacuras; senos postizos, prominentes y enormes pugnando por salir de su cárcel; muecas grotescas y voces fingidas; le daba todo ese conjunto a la orgía algo de macabro y fantástico.

Luego sobreviene la caída, la vergüenza, la muchedumbre gozosa que ve a los 41 partir hacia Yucatán, la vida infernal de los trabajos forzados.

Y era de risa ver el cuadro grotesco de los populares 41, levantando la pala y golpeando con el zapapico, sudorosos, escuálidos y llorando las más de las veces a lágrima viva.

Los soldados les daban todos los días "latas" monumentales, diciéndoles con voz fingida:

—¿A dónde vas con tu traje de gala?

—¡No trabajes que te quiebras la cintura, vida mía!

—¿Te sofocas, lindo niño? Pues carga con el abanico...

Y se hace popular el estribillo que publica entonces un diario de la metrópoli, y que cantan los soldados:

Mírame, marchando voy  
con mi chacó a Yucatán,  
por hallarme en un convoy  
bailando jota y cancán.

*"¿Por qué me hiciste así, Dios mío, y no como a mi hermana?"*

¿Qué piensan de sí mismos los detenidos en el baile de Los 41? A estas alturas es imposible entrevistarlos y —a través de las circunstancias de la época— es imposible no entrevistarlos. Se consideran seres alojados en la anormalidad que es simultáneamente el presidio de los pecadores y el edén de los gozadores; se piensan mujeres atrapadas en cuerpo de hombres; se sienten víctimas de un perverso designio de Dios; se juzgan desviaciones que arrasan por instantes con los controles de la formación católica. Nacieron *así* y se han construido no como homosexuales (el término no circula), sino como la especie doble o triplemente degradada: los maricones, sean clandestinos o no tengan ya nada que perder. Si, de acuerdo con Didier Eribon, todo homosexual aprende a hablar dos veces, en su segundo aprendizaje los invertidos del porfiriato, anhelan el equilibrio entre la hipocresía (que es sobrevivencia) y el apetito sexual que cuando se desata hace añicos las imposiciones de la Decencia.

El término *maricones* es la sentencia implacable y es la salvación a través de la parodia y el ánimo orgiástico. Si no existe el espacio para el

mínimo orgullo, sí lo hay para un sentido del humor desesperado y capaz por sí solo de proporcionar a contracorriente la salud mental al alcance. Esto sería el mensaje: "Si no me río de mí mismo no reafirmo mi humanidad". Y —de acuerdo con las evidencias en las generaciones siguientes— el punto de partida es la conversión del determinismo en relajo, de la culpa en desfile de modas, de la condena en ridiculización de las convenciones idiomáticas. Se habla en femenino no tanto por la sin razón genuina ("Las locas están locas") como para asomarse con palabras al acto sexual. Si, por así decirlo, *los maricones* no chotean al Destino (que así los hizo), y no se ríen de paso de algunos de los dogmas que tan cruelmente los expulsan, jamás adquieren la identidad que es a un tiempo el abandono de las esperanzas y el regocijo ante el espectáculo de la sobrevivencia. Las autoridades refrendan su moralidad con arrestos, humillaciones y golpizas; mediante la persistencia de su conducta *los maricones* intuyen borrosamente sus derechos.

El aplastamiento religioso, social, cultural, penal, prohíbe el examen de *la condición maricona*, pero admite el vértigo, la libertad de movimientos en las horas del ghetto, el vestuario, los chistes autolacerantes, las acciones coreográficas. La reflexión podría ir así: "Soy un condenado desde el nacimiento, pero la cruz de mi parroquia admite los indultos sucesivos de la diversión, el relajo, el coito, el disfraz que es la adquisición por unas horas de la segunda piel". Y las compensaciones psíquicas se hallan en los bailes, los ligues, las reuniones, el travestismo verbal. El relajo es la demolición provisional de las cárceles del hostigamiento y los gays ven el espejo de su identidad en lo que sólo si los reprime reconoce su existencia. A fin de cuentas, también la identidad negativa es una sucesión de imágenes.

Aunque no lo parezca, la Redada, por así decirlo, inventa la homosexualidad en México. Para empezar, ya los que comparten las inclinaciones están al tanto de su suerte: pudieron formar parte de los 41, y se salvaron al menos esa vez. Al precisar el límite social y penal de los homosexuales, la Redada hace vislumbrar las fragilidades del determinismo. Si el estigma cubre a todos, los castigos físicos sólo a unos cuantos les llegan, y no todos ni mucho menos tendrán que barrer las calles en algún momento. Por más desconfiado que sea, por más en secreto que viva, cada homosexual luego de la Redada ya no se siente solo: en el espíritu de la orgía interrumpida, le acompañan los otros 41, y los secundan también los gendarmes. Diversión y represión. Si los homosexuales ya existían —y el Baile delata una

mínima pero ya sólida organización social— la Redada, al darle el nombre ridiculizador a la especie (Los 41), modifica el sentido de esa colectividad en las tinieblas: de anomalías aisladas ascienden a la superficie del choteo, y esta primera visibilidad es un paso definitivo.

Téngase en cuenta que las leyes en México no se atreven a nombrar a los “invertidos”. La legislación penal, encuentra su modelo en el Código Napoleónico que no prohíbe la homosexualidad porque no quiere que al mencionarle se “propague la existencia del vicio”.

### *Después de la redada*

Pobre del hombre que nació mujer,  
más le valiera pegarse un tiro por doquier.  
Versos populares que circulan entre 1930 y 1960.

¿Qué pasa luego de la Gran Redada? En 1902 se detiene en la ciudad de México a dos homosexuales, “La Bigotona” y “El de los claveles dobles”, y se les envía a un penal de trabajos forzados. Ese año, las hermanas Moriones, empresarias de teatro, celebran las cien representaciones de la zarzuela *Enseñanza libre*, de Perrín y Palacios, con los actores haciendo de actrices y viceversa, tradición ya operante desde mediados del siglo XIX, como informa Luis Reyes de la Maza en *Circo, maroma y teatro 1810–1910*.<sup>1</sup> Pero la inocencia absoluta se ha perdido, ya se ve en el travestismo, antes un mero juego, al preámbulo de la inversión sexual, y por eso, no obstante estar muy al tanto de la costumbre de los “papeles cambiados”, los periodistas se llaman a indignación, califican de “repugnante” la puesta en escena, y delatan a las empresarias, “que ya ensayan una zarzuela de autores mexicanos llamada *Los cuarenta y uno*”. Las señoras Moriones se defienden y alegan: las cien representaciones de las comedias siempre se han celebrado de ese modo, sin protesta alguna, y no se intenta montar una zarzuela con ese título “infamante”.

El Baile de los 41 rompe el silencio absoluto, pero falta para que se aluda al tema fuera de las respuestas del asco, el choteo y la exigencia de castigo. Anota en su *Diario* del 1 de febrero de 1907, Federico Gamboa,

---

<sup>1</sup> UNAM, México, 1985.

el autor de *Santa*, (1903), novela sobre una prostituta que es un mercado de las atmósferas prostibularias:

¿Y cómo no indignarse contra los criticastros que nos disputan falsificadores de la verdad, de la vida real —a los que con mayores o menores dotes la retratamos en nuestros libros, —cuando en esta vida real tenemos sorpresas del género máximo, del género que yo he tenido una hoy?...

Muéstrame un amigo, exigiéndome, y con razón, la reserva más absoluta, cinco cartas anónimas que le endereza un pederasta, que por él está que se parece de lujuria nauseabunda... Un verdadero emético la tal lectura, indecente, indecente; ¡aquello es de un enfermo que se revuelca en el limo pestilente de una perversión genésica!... Mi amigo, que sospecha quién es él, un pseudo-señorito de buen origen, consúltame si deberá dar parte a la policía. Opino por la afirmativa, desde luego, agregando que no vendría mal al depravado mocito, una señora paliza previa.

Queda en contarme lo que resulte.

Así es: "indecente, indecente". Gamboa es categórico: esto se arregla con golpes y policía. Por lo demás, no hay informes sobre los lugares de reunión y todo se concentra en las actas policiales levantadas a la carrera y jamás consultadas por nadie. Pero ya se quebrantó el veto central de entonces, el de la consignación del tema por escrito. En *Los criminales en México*,<sup>2</sup> Carlos Roumagnac, criminalista, periodista y literato, da cuenta de su investigación en la cárcel de Belén y la nueva Penitenciaría Federal de la capital. El director de la prisión intenta aislar a "los pederastas conocidos", para terminar con las "peleas sangrientas" de reclusos en celo. En respuesta, los señalados desfilan ante los otros presos "sin timidez o vergüenza, sino, por el contrario, desplegando con ostentación sus voces femeninas y su amaneramiento".

No hay tal cosa como "salir del clóset" antes de 1920. La opresión es tan desmedida que fuera del clóset comienza literalmente el abismo de la pérdida de todo respeto. En esto se cree casi con estas palabras: si la homosexualidad es un error y una errata de la Naturaleza, los que profesan tal abominación son tanto más infractores al no evitar su destino desde su nacimiento, y al manifestar su conducta específica —que sólo se esboza con términos vagos y espantadizos— utilizando el lenguaje del cinismo: la apariencia y los ademanes.

A los afeminados pobres les corresponden las humillaciones en serie, que no tan extrañamente, al despojarlos de la humanidad reco-

---

<sup>2</sup> Tipografía El Fénix, México, 1904.

nocible les permite sobrevivir. ("Lo peor que les puede suceder ya les pasó.") En la capital, a los homosexuales con recursos, talento, ingenio, audacia, dinero, relaciones sociales, se les concede la "dispensa moral" que, sin aislarlos del todo, jamás les ofrece la integración plena. Y si la ley no prohíbe la homosexualidad consensuada entre adultos, sí erige su Muralla China: la moral y las buenas costumbres. Quienes las desafíen pagarán un costo altísimo.

En ninguna época es fácil transgredir —así sea de manera legal y legítima— las prohibiciones últimas del mito y la costumbre, pero en la era del machismo invicto que la cultura judeo-cristiana bendice, la paga del pecado es muerte (física y social). Según la ortodoxia de la Masculinidad, hasta fechas recientes sólo había en México dos tipos "clásicos" de homosexuales: el joto de tortería o de burdel y el maricón de "buena posición". Los demás resultan sombras huidizas que, al no alcanzar casillero, obtienen el halo del rumor malévolo o el trato siempre condescendiente y el diminutivo ("Juanito/ Robertito"), que subraya el infantilismo de los ajenos a la madurez del matrimonio. Y nadie se libra de algunos de los niveles del hostigamiento.

Y un arquetipo/estereotipo que se presta maravillosamente al juego de la hipocresía: es el célibe, el solterón, el tío infaltable de la legión de sobrinos reales y adoptivos, el ser al que se compadece por su soledad y se envidia a veces por su libertad. Antes de las divulgaciones freudianas, el célibe funciona sin demasiado acoso. Así por ejemplo, Rafael Delgado (1853-1914), narrador que goza en su momento de prestigio, autor de *La Calandria* y *Los parientes ricos*, es el solterón que aloja en su casa al discípulo consentido. ¿Quién insinúa algo en su contra? El conocimiento que implica la malicia actuaría contra el malicioso. ¿Por qué le preocupa tanto ese tema? Debe ser *de esos*. De no mediar arrestos y expulsiones de una comunidad, la penitencia cotidiana se deposita en las carcajadas y los insultos dirigidos a los "mariquitas" más obvios, mientras el sello de *inocencia ridiculizable* cae sobre los demás.

En los códigos del porfiriato, ser macho es la seguridad de no vivir en vano y el que no lo es contradice con tal ferocidad la esencia de los mexicanos y de los seres humanos (esta categoría muy probablemente inferior a la primera en la óptica del patriarcado nacional), que legitima al instante los castigos, del asesinato al choteo, de la golpiza y la cárcel a la inferiorización sistemática.

---

*"Wilde está destinado a ser popular entre nosotros"*

¿Cómo se explica en el siglo XX mexicano la ausencia de leyes y reglamentos dedicados a las minorías sexuales, y la escasez de artículos, libros, personajes literarios e incluso representaciones caricaturales de los gays? La hipótesis general es sencilla: nombrar, referir, novelar, dibujar a los invertidos, implica, por la acción divulgatoria, alguna complicidad con el hecho monstruoso. En Europa y Estados Unidos tampoco se aceptan estos comportamientos, pero la situación es muy distinta. Entre 1898 y 1908, informa Jeffrey Weeks en *Sexuality and its Discontents*, se publican en Europa cerca de mil libros sobre homosexualidad. Y entre 1880 y la Primera Guerra Mundial, al menos entre las minorías ilustradas, se discuten en Europa y Norteamérica el amor libre, el aborto, la masturbación, la homosexualidad, la prostitución, la obscenidad y la educación sexual. En su oportunidad, en la muy católica nación mexicana, el único de estos temas mencionado en público, y con fines aleccionadores y/o punitivos, es la prostitución. (Hay más referencias a la masturbación en los catecismos del siglo XVIII que en todo el siglo XIX.)

En otro orden de cosas, ya se analiza el juicio de Wilde. En 1913, en *Revista de Revistas*, el escritor Julio Torri se adelanta a su tiempo, se opone a quienes persiguen "crudamente toda idea o pensamiento del orden científico o artístico, que sean contrarios a la estabilidad de la familia y el Estado", y se burla del comité francés que exige mutilar el monumento a Wilde en el cementerio parisino del Père-Lachaise:

A nadie ha sorprendido, sin duda, esta encarnizada persecución de todo lo que a Wilde se refiere; por desgracia forman hueste innumerable los que juran guerra a muerte a un escritor, a un poeta y a cuanto les toca, porque su vida no fue todo lo edificante que quisieran los más ignaros y despreciables miembros de cualquier congregación anglicana.

En 1913 es insólita la defensa de Wilde, y es aún más sorprendente la ridiculización de los cargos en contra suya, provenientes del "rebaño de gentes mediocres, de filisteos y semicultos". Torri concluye:

No está lejano el día en que volvamos el rostro a Wilde en una sonrisa generosa, y nos aparezca la tremenda catástrofe de su vida con un prestigio de martirio. Su manía de épatier y sus desvíos nos harán sonreír, como nos hacen sonreír la

---

<sup>3</sup> *El diálogo de los libros*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.



petulancia de Wordsworth, la actitud de De Quincey, la afición de Lamb por la ginebra con agua...<sup>3</sup>

Torri es consecuente. El 1 de octubre de 1916 en *Revistas de Revisitas*, elogia a Wilde profusamente:

El dandismo de nuestros jóvenes literatos y las florecidas "boutonnieres" al par que las cabelleras de flotantes rizos nos lo indican con harta elocuencia. Wilde está destinado a ser popular entre nosotros. Su influencia atenuará nuestra estrechez habitual de criterio, nos aligerará un tanto de nuestro espíritu de pesadez, y renovará la vaciada e irrespirable atmósfera en que florecen lánguidamente nuestros intelectuales.

Wilde: oxígeno de la cultura. En los años de la lucha armada el humanismo de Torri es en verdad excepcional.

*"Hagamos de cuenta que fuimos basura/vino el remolino  
y nos alevantó"*

¿Qué explica en la década de 1920 la emergencia de un pequeño sector de artistas y escritores que, sin previo aviso, viven su opción sexual más o menos "a la intemperie"? O, dicho de otro modo, ¿qué provoca la "audacia" de los gays, ese enfrentar el tabú con impulso parcial pero muy efectivo? A esta *aparición del subsuelo moral*, la explican razones culturales (la difusión de Freud, el fin del aislacionismo informativo del país, los cambios en la literatura internacional, etcétera), y muy especialmente las resonancias y las consecuencias de las atmósferas bélicas.

A la Revolución le toca dar el golpe mortal a la estructura de silencios absolutos que a todos culpabiliza, entre masas que se desplazan a la fuerza y señoritas que hipotecan la virginidad por unas horas. Las tomas de ciudades, las migraciones masivas, las legiones de hijos sin padre, las oleadas de prostitutas, hacen inocultables las exigencias del deseo. Por así decirlo, la Revolución en algo "sexualiza" el país, hace que en el teatro frívolo afloren con regocijo las realidades del cuerpo, se burla de *los silencios dignísimos* a propósito del demonio y la carne, vuelve "conquista social" la mezcla de oficiales de alto rango y prostitutas, advierte una nueva institución nacional en las madres solteras (por lo común desertoras de los pequeños pueblos), y, sobre todo, debilita el peso de las prohibiciones morales. "Sexualizar" a México, así sea hoy una medida calificable de conservadora, desbarata nociones tiránicas ya

que, al fin y al cabo, “si me han de matar mañana, mejor peco de una vez”. Si luego de estas demoliciones del pudor, éste se rehace, será un pudor distinto, inseguro, marcado por las sensaciones de acoso.

La Revolución es también energía social y artística, el vigor que vislumbra y concreta hazañas en campos de batalla simbólicos. Si ya cayó don Porfirio, emblema de lo inamovible, ¿por qué no la poesía rimada, la pintura académica, la novela naturalista, la normatividad cerrada y punitiva? Al derrumbarse la dictadura, al entronizarse por unos años la moral relativa (la inminencia de la muerte modifica con celeridad las costumbres), se filtra la nueva sensibilidad muy en deuda con la anterior, pero ya capaz de numerosos “sacrilegios”, no por localizarse en penumbras menos absolutos para quienes los viven. De allí las nuevas certidumbres: si el infierno no es tan cierto, el paraíso debe conocerse en vida; dañan el alma los que inhiben las razones de la carne, es necio el miedo pánico al Qué Dirán, es absurdo omitir el deseo en aras de “la Respetabilidad” y sus angustias escultóricas.

Las anteriores son certidumbres de unas cuantas personas pero su ímpetu modifica la vida social. En una década, las nociones semif feudales de la Decencia se fortifican en los pueblos y se arrinconan en la gran ciudad. Y al eliminarse numerosos convencionalismos, enmarcados por el “Que no me entere yo mismo de mi conducta por las noches dentro o fuera de casa”, la Revolución acepta y promueve la fluidez de la secularización. Se sostienen las prohibiciones y las reacciones machistas, pero —sin palabras— ya se cuestiona el anacronismo de ese sistema policiaco de las conciencias, el sentimiento de culpa. El proceso no es parejo desde luego, pero su vigor afianza en la capital los espacios de tolerancia. Si el prejuicio ya no se comparte de modo unánime, la Norma pierde su condición axiomática.

En lo tocante al arte y la literatura nacionalistas y la teoría de la singularidad, la Revolución Mexicana, regida por el temperamento de los caudillos, se desentiende casi por completo del ideal del Hombre Nuevo que en otros países, al extremarse, es el gran pretexto represivo que explica a los homosexuales en los campos de concentración nazis y stalinistas, y, en Cuba, en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) para homosexuales, Testigos de Jehová y “antisociales”. En México, el Hombre Nuevo que se proclama idealiza lo militar desde lo civil: valentía, fe en el Pueblo, virilidad sin mancha, desprecio a los débiles y los blandengues. Del Olimpo de Recios Varones se desprende

un mito nacional y nacionalista: el Macho hasta las Cachas, el Varón Probado. Esta adoración del patriarcado redentor es en gran medida escenográfica y declamatoria, y quiere desvanecer el panorama de una sociedad devastada por el alcoholismo, el autoritarismo del gobierno y el patriarcado, la violencia familiar, las riñas mortales, el abuso misógino, las violaciones como "el derecho de pernada de todo varón". Y el culto al machismo tiene entre sus consecuencias, ni la más relevante ni la menos dañina, la persecución regocijada de lo diferente. (Las lesbianas no existen en el imaginario popular, sólo las machorras a las que no se les adjudica vida sexual. Sólo recientemente se les estudia. En "El cuerpo transexual en la Revolución Mexicana: Amelio Robles, una escultura viviente", Gabriela Cano examina un personaje que bien podría corresponder al modelo de Francisco Rojas González en su novela *La negra Angustias*. En esta etapa las lesbianas deben portar los atavíos masculinos para ser convincentes ante sí mismas y actuar, al mismo tiempo, desafiando y acatando el prejuicio.)

Para quienes la viven, la guerra exige cualidades de temple, entre ellas, el ejercicio intachable de la virilidad. Por eso, el revolucionario por antonomasia, Emiliano Zapata, al enterarse de la homosexualidad de Manuel Palafox, su ideólogo y el redactor de numerosos documentos, enfurece a tal grado que sólo las consideraciones políticas salvan a Palafox (luego del fusilamiento de uno de los dirigentes del Ejército del Sur, Otilio Montaño, hubiera sido desastroso otro ajuste interno en el zapatismo). Un jefe de guerrillas de Morelos, Maurilio Mejía, rechaza con dureza a Palafox: "Un pobre diablo de sexo equivocado como lo es usted no puede llamarse amigo de los hombres que lo somos de verdad".<sup>4</sup>

En medios urbanos, las reacciones no son tan extremas. En sus *Memorias*,<sup>5</sup> el árbitro de la picaresca revolucionaria, Gonzalo N. Santos, refiere un episodio típico: en 1929 el presidente Emilio Portes Gil se queja ante los diputados: la secretaría de Hacienda no le da dinero. Se le argumenta: "Bueno, pero el presidente de la República tiene partidas globales y gastos de representación, además de su sueldo". Responde el presidente de la República: "Lo de las partidas globales lo suprimió

---

<sup>4</sup> En *Zapata y la Revolución Mexicana* de John Womack.

<sup>5</sup> Editorial Grijalbo, México, 1982.

todo el cabrón maricón de Montes de Oca" (Luis, ministro de Hacienda). Santos, entonces diputado, prosigue:

Este tal Montes de Oca era un tepocate casi enano y, efectivamente, maricón de fama pública, y cuando en las Cámaras nos ponía dificultades para nuestros presupuestos, le echábamos de "influyentazo" a Chicho (diminutivo de Narciso, porque Narciso Grande le decíamos al entonces diputado Ezequiel Padilla, quien llegó a ministro de Relaciones en tiempos del general Ávila Camacho... con sólo la aclaración de que Ezequiel Padilla nunca fue maricón, sino enamorado de su figura y el otro, el tal Chicho o Narciso segundo, como también le decíamos, era más creído que Padilla, usaba un carro elegantísimo, abierto, guantes y lucía su figura todos los días por Madero, el Zócalo y Cinco de Mayo, que era el paseo de moda en aquellos tiempos). Pues bien, le echábamos el "influyentazo" a Montes de Oca, o sea, este diputado que tenía fama de ser el amante del ministro de Hacienda, "Vete a ver a tu novia y si no firma este papel de nuestros presupuestos, te arranco los dientes". Él se reía y me decía: "No tengas cuidado, jefe", e invariablemente regresaba con el presupuesto relativo a las Cámaras, firmado por Montes de Oca.

¿Quién es Luis Montes de Oca? Hijo de "familia decente" y muy católica de la capital, es el Solterón por antonomasia. En su residencia de San Ángel, con "los jardines más hermosos de México", según su biógrafo Felipe García Beraza,<sup>6</sup> don Luis ofrece su gran biblioteca para que allí se efectúen los conciertos de la Sociedad de Música de Cámara, es francófilo, coleccionista y promotor del arte virreinal, traductor del ensayo biográfico de Romain Rolland sobre Gandhi y de *Socialismo*, la apología del capitalismo de Ludwig von Mises. También, Montes de Oca es uno de los grandes técnicos en economía de ese tiempo, y es Contralor de la Nación y Secretario de Hacienda, lo que no lo exime del menosprecio generalizado, "por delinquir contra la especie". Y si un alto funcionario recibe este trato de su jefe, el presidente de la República, ¿qué le espera a los amanerados de voz tipluda, a los hombres discretos pero nunca lo suficiente, a los detenidos y chantajeados por la policía, a los que permanecen en sus pueblos porque su voluntad no les alcanza para la huída?

Montes de Oca ejemplifica la estrategia. A los señalados por el estigma que son ricos y famosos, la excentricidad les resulta el prestigio a mano, la anormalidad que divierte y no pocas veces se juzga admirable. Las personalidades singulares no pueden ser contagiosas,

---

<sup>6</sup> *Al correr del tiempo*, Fideicomiso del Premio Rafael Heliodoro Valle, México 1989.

es la moraleja. Si el temperamento y los recursos ayudan, los excéntricos encuentran acomodo para sus "gustos peculiares" y al hacerlo destienden su soledad.

*"Hay gran copia de efebos cuya impudicia aterra, y dicen  
que son males que trajo la postguerra"*

RENATO LEDUC

Aún sorprende, al revisar en la década de 1920, el estallido de un número inesperado de libertades urbanas. ¿Por qué, por ejemplo, aparecen en muy distintos países mujeres "liberadas" de gran talento y homosexuales prominentes? ¿Por qué se desencadena la Vida Nocturna? No hay respuestas seguras aunque sí características compartidas, las más notorias, el conocimiento de Freud, y la primera divulgación del saber científico, los sacudimientos de la Gran Guerra y de la Revolución Mexicana, con el relativismo moral consiguiente de las versiones de "la muerte de Dios". Si ya no resulta una meta encandiladora el paraíso en abstracto procede buscar el paraíso en la tierra: el poder, el dinero, las satisfacciones sexuales en cascada. En la capital, la emergencia de los homosexuales influyentes y reconocidos (seres cuya orientación sexual se sabe, pero a los que ya no se les consigue expulsar de la población ni sujetarlos a infamias físicas) determina la primera modernidad, de intenciones tan represivas como lo que la antecede, pero ya con zonas incipientes de amplio criterio. Y se establece una norma: lo que no se extirpa de inmediato, se instala con desenfado o prudencia, "asimilado" por la necesidad de diversificación. Y si hay una nómina parcial de la gente que prefiere el estigma a la asfixia del deseo, se debe a un hecho internacional: los gays se concentran en los ámbitos que les resultan menos costosos socialmente.

Con todo, no hay explicación suficiente para la plétora de talentos que arraigan en el medio cultural en un espacio corto de tiempo. Hay poetas (Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Elías Nandino); hay pintores (Roberto Montenegro, Manuel Rodríguez Lozano, Abraham Ángel, Alfonso Michel, Agustín Lazo, Chucho Reyes Ferreira); hay productores de cine (Felipe Subervielle, Agustín J. Fink); hay actores (el más famoso: uno que emigra a Hollywood, Ramón

Novarro); hay compositores populares (Gabriel Ruiz, Pepe Guízar); hay secretarios de estado: Luis Montes de Oca, secretario de Hacienda, Genaro Estrada, secretario de Relaciones Exteriores; y hay la representación previsible de todos los oficios y profesiones. Abundan los anticuarios, los decoradores, los maestros, los médicos, los abogados, los rentistas (este oficio aún existe en aquel tiempo). En *La estatua de sal*, su magna confesión de arrogancia, Novo refiere su adolescencia y su ingreso precoz al medio gay. Un "rarito" de 15 años de edad que alterna con adultos, no es mayor novedad en una ciudad donde, por fuerza, arriban al poder los jóvenes.

No obstante su apego a unos cuantos esquemas, el panorama es variadísimo por novedoso. Departamentos y cuartos de azotea decorados con el estilo "mexicano" o el art-nouveau; el académico Totó con "una enorme clientela de cadetes, bomberos, gendarmes, con quienes organizaba solitarias orgías en su casa de Ernesto Pugibet"; ex-inspectores generales de policía con provisión de centenarios de oro; "el Diablo en la Esquina —un señor Martell, famoso porque se decía que le había pagado 1 000 pesos de oro a un torero por una estocada personal"; sacerdotes como el padre Vallejo Macouzet, Sor Demonio, "que lucía en el labio la huella de una cuchillada, y que era famoso por la clientela de cadetes que lo visitaban en su iglesia de Santo Domingo"...

En un medio pequeño, las características personales se agigantan y se vuelven la heráldica a mano. En páginas de prosa velocísima, Novo pinta "el paisaje de las anomalías":

La Virgen de Estambul administraba su fina belleza rubia en un círculo muy distinto del que Clara me había revelado. Las escandalosas, descaradas amigas de Clara eran generalmente pobres y feas: la Semillona, que se zafaba a tiempo de que sus padrotes no eyacularan dentro de ella "porque hace daño"; Fausta, mesero en una fonda y, a veces, cómico de la legua; la Pitonisa y Eva Tapia (a causa de su sordera), empleados públicos; Pepe el Sombrerero, que vestía a las cómicas del Lírico; la India Bonita... Los amigos de la Virgen eran de una clase superior, menos obvia. Ella había sido amante del dueño de una tienda de ropa de hombres muy en moda en la época: Bucher Bros, y conocía a muchos señores con dinero y amantes fijos, jóvenes y guapos, que ella aprovechaba —ya para sí, ya para ampliar sus trueques. Uno de estos señores era el diputado Ignacio Moctezuma. Vivía en Hotel Iturbide y tenía por amante a un muchacho deportista de origen alemán, Augusto Fink, cuya verga descomunal sólo Nacho Moctezuma podía jactarse de admitir.

*"Los unos sobre los otros"*

Así no lo adviertan los habitantes de la época, son extraordinarios los cambios de política sexual entre 1920 y 1940. Lo más insólito es el método de los homosexuales para garantizar su (relativa) fluidez de movimiento. Todo, desde luego, sucede en la ciudad de México, el único "territorio libre" de México hasta cierto punto. El machismo no soporta su presencia y aprovecha las exigencias de virilidad del nacionalismo revolucionario para lanzarse contra el muy fácil enemigo a vencer. Evoca el poeta estridentista Manuel Maples Arce, en sus memorias (*Soberana juventud*, 1967):

En una ocasión nos reunimos en el Salón Verde de la Cámara de Diputados para tratar el problema de los homosexuales en el teatro, el arte y la literatura. Aunque hubo declaraciones reprobatorias, el diablo metió el dedo y ellos se quedaban más orondos que nunca, mientras la gente se preguntaba por qué se les permitía moverse con tanto desplante, cuando en la época de Porfirio Díaz se les obligaba a barrer las calles, como aconteció alguna vez a los que hicieron célebre el número 41, que popularizó una estampa de Posada. La moral pública no depende de un grupo; es el estilo de una sociedad como diría Ortega y Gasset, y cuando ésta acepta que cada quien haga de su juicio un papalote, no existe posibilidad de dignificación.

El espíritu de mafia les dio preponderancia. A veces emprendían verdadera persecución contra quienes se resistían a solidarizarse con sus intentos de hegemonía intelectual o se negaban a entrar en aquel monipodio. Fue la época de la insistente publicidad de Proust y Gide, en cuya obra se amparaba la comedia de los "maricones" y el cinismo de los pederastas.

Maples Arce se hace eco de la crítica que en el mundo occidental se endereza contra los gays: su carencia de compromiso cívico se debe al afeminamiento de la voluntad. Se refiere a escritores, pero la crítica es la propia del machismo contra *la raza maldita*: "Para escapar a toda responsabilidad adoptaron una posición neutral que les permitió sobrevivir por encima de todos los conflictos ideológicos que han conmovido a la nación mexicana".

Las luchas y los debates en el medio cultural no afectan mayoritariamente a los gays de la ciudad de México. ¿Cuántos de ellos leen las publicaciones literarias, y cuántos asumen como ganancia el reconocimiento a través de la injuria, que es ya una confesión de límites? Sólo unos cuantos padecen la ofensiva, muy obstinada durante años. Y a los homosexuales que se dejan ver, el machismo les presenta, para que se solacen, el espejo de la degradación. José Clemente Orozco los caricaturiza (en "Los Anales" presenta a un grupo de "exquisitos" de ropa

entallada y gestos feminoides); Diego Rivera los incorpora —en los muros de la Secretaría de Educación Pública— a la burguesía que será barrida literalmente por la energía revolucionaria; en su cuadro *Los cuarenta y uno*, Antonio Ruiz el Corzo pinta un desfile de los repudiados por el pueblo, y sus villanos, fácilmente reconocibles, son Salvador Novo, Manuel Rodríguez Lozano, Roberto Montenegro y Xavier Villaurrutia.

Son muy vastas las resonancias del linchamiento moral. Entonces, la animadversión a los homosexuales es asunto de la naturaleza social, del terror a la mínima desintegración de la Familia y del ínfimo lugar concedido a lo femenino. Según los guardianes de la Norma, un homosexual se degrada voluntariamente al asemejarse a las mujeres, y tal envilecimiento demanda una condena pública. En 1930, los pintores revolucionarios del grupo 30-30, le exigen al gobierno la renuncia de varios funcionarios y, de paso, la cacería de una orientación sexual:

Y estamos contra el homosexualismo, imitado de la burguesía francesa actual, y entre ellos, favorecidos ahora, y nosotros, luchadores incansables, existe el abismo de nuestra honradez que no se vende por un puesto. El gobierno no debe sostener en sus secretarías a los de dudosa condición psicológica.

De la queja se va a la acción directa. Se instala en la Cámara de Diputados un Comité de Salud Pública que “depurará al gobierno de contrarrevolucionarios” y el 31 de octubre de 1934, un grupo de intelectuales (José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, Rafael F. Muñoz, Mariano Silva y Aceves, Renato Leduc, Juan O’Gorman, Xavier Icaza, Francisco L. Urquiza, Ermilo Abreu Gómez, Humberto Tejero, Jesús Silva Herzog, Héctor Pérez Martínez y Julio Jiménez Rueda) le solicita a este Comité que, si se intenta purificar la administración pública,

se hagan extensivos sus acuerdos a los individuos de moralidad dudosa que están detentando puestos oficiales y los que, con sus actos afeminados, además de constituir un ejemplo punible, crean una atmósfera de corrupción que llega al extremo de impedir el arraigo de las virtudes viriles en la juventud... Si se combate la presencia del fanático, del reaccionario en las oficinas públicas, también debe combatirse la presencia del hermafrodita incapaz de identificarse con los trabajadores de la reforma social.

Los vestales de este nacionalismo (entre ellos, novelistas de la Revolución, poetas, funcionarios, pintores) quieren eliminar de la nación misma a los agentes del debilitamiento, en una noche de cuchillos largos del presupuesto y de la respetabilidad. El nacionalismo cultural, con su teoría de las virtudes de la raza, le da un “fundamento teórico” al rencor activo contra lo diferente.



*De la elegancia como insolencia: "Si Dios me hizo así  
es porque me oyó cantar en el baño"*

En todo momento, es la misma ciudad de México la que fija los límites del comportamiento. El anonimato relativo de la urbe de 800 mil o un millón de habitantes es la primera libertad posible, con una "geografía del deseo" impensable en otras ciudades, de vida fiscalizada por los confesores y los vecinos, "Comités de Defensa de la Moral". En provincia, el papel del clero es central, pero en la ciudad de México, desde siempre excesiva, simplemente no. Al *Catecismo del Padre Ripalda*, todavía en 1901 un gran eje del imaginario religioso y moral de América Latina, lo enfrentan los cambios urbanos, tan devastadores para quienes se proponen alambrear el reino de Dios.

Los gays son y deben parecer afeminados. Al margen de su constitución orgánica, el ghetto los obliga a perfeccionar el afeminamiento (voz, movimientos, códigos gestuales), y esto los vuelve a la vez inofensivos e indestructibles. Si son así qué más les pueden decir. La represión los unifica en el proceso mimético donde adelgazan y endulzan la voz, se esmeran en la dulzura, lanzan poses que son por sí solos actos travestis, y cuando pueden se depilan las cejas y subrayan el maquillaje. Ya para qué preguntan. A la orientación sexual la exhibe el conocimiento minucioso de lo femenino y la especie "contranatura" se reeduca ante el espejo. Los machos los observan con sorna, los cubren de epítetos, los agreden y golpean periódicamente, se acuestan con ellos.

Sus denostadores ven en la homosexualidad un error y una errata de la Naturaleza, y los que profesan tal abominación les parecen tanto más responsables cuanto que no lograron desde su nacimiento, evitar su destino. Son culpables por no evitar la predestinación. Y su responsabilidad no se desprende tanto de su conducta —que se sospecha— sino de las certezas: la apariencia y los ademanes.

Quienes pueden (y bastantes pueden) huyen de pueblos y ciudades pequeñas y se van a la ciudad de México, la utopía perfecta porque promete (y cumple) la bendición del anonimato, el extraviarse en la multitud. En la provincia sólo quedan los aferrados a la costumbre y los quebrantados del ánimo, y sin embargo, aun en estos casos, y los ejemplos son múltiples, detrás de las superficies quebradizas (miradas que se clavan en el piso, insolencia que es petición de perdón, frivolidad que es huida) suelen darse temples de hierro. No se sobrevive sino de esta manera, haciendo caso omiso de los insultos, y re-

mitiendo la ofensa a la comunidad o al grupo. "Si nos lo dicen a todos, no me doy por aludido". Cuando se ha proporcionado lo fundamental en lo íntimo ("Sí, soy homosexual"), ¿qué importancia tienen los agravios?

¿Qué es el insulto? La ratificación de la sentencia: joto eres y en joto te convertirás, darás siempre vueltas alrededor de ti mismo y de tu condición. El agravio psíquico modifica la conducta y centra aún más la vida en torno a la cacería sexual. La obsesión genital es prisión y relajamiento a la vez. "Si me reducen al perímetro de la ofensa, como si yo fuera sólo eso, la criatura ofendida y ofendible, me propongo extremar mis hábitos". La estrategia no es tan consciente como la describo, pero sin duda el gay dispone del afeminamiento como técnica de conquista (el humor machista así lo señala: "En tiempo de guerra cualquier hoyo es trinchera"), y con el "perreo" (la ronda de agresiones a sí mismo y sus semejantes) como la táctica que disminuye y acrecienta a diario su autoestima. Y al sentido del humor se le encarga la familiaridad con lo prohibido.

### *"Paga caro tu amor, aventurero"*

"Nalga buena aunque sea de mujer"  
Chiste de moda alrededor de 1950

En *Los mil y un pecados*, de Eduardo Delhumeau,<sup>7</sup> ejemplo del sensacionalismo moralista lastrado por la cursilería, se traza uno de los escasos "retratos de época" de los homosexuales:

El licenciado Arcadio Trujillo conversa con el comerciante Agustín Ornelas, en el Establecimiento de propiedad del segundo.

—Acabo de regresar de nuestra tierra —dice el letrado— y vengo muy triste porque San Miguel Allende se ha convertido en la Ciudad de los maricas, debido a que un escultor famoso, que es homosexual, ha establecido allá su residencia, llevándose consigo a muchos afeminados. La población se encuentra invadida por los "jotos" y nada menos el día en que yo llegué a San Miguel estuve a punto de golpear a uno de ellos, en la plaza principal, pero un amigo me advirtió que no lo hiciera, porque el tal sujeto que provocó mi indignación es el cocinero del notable artista de quien he hablado y además Regidor del Ayuntamiento y hombre (lo de hombre es un decir) de grandes influencias en la localidad.

<sup>7</sup> Ediciones Omega, México, 1939.

—¡Pobre San Miguel Allende! Pero aquí en la Capital las cosas también andan mal en esta materia —afirma Ornelas— los cines están llenos de maricones, particularmente el San Juan de Letrán, el Venecia y el Politeama, sin que las empresas ni la policía puedan hacer nada por impedirlo. La Alameda Central continúa siendo el lugar favorito de centenares de afeminados y en las calles de Cuauhtemozín hay varios edificios en que los mismos ocupan numerosas viviendas; se les puede ver de día y de noche cómo bajan y suben las escaleras, contoneándose y entonando canciones con voz de mujer, polveados y pintarrajeados. Y es curioso que ahora las pecadoras que allí ambulan, fraternizan con ellos, siendo que antes, en otras los detestaban y hasta los agredían.

Delhumeau proporciona otras informaciones: en Zacatecas en pos de la meta nacional (reunir fondos para el pago de la deuda petrolera), se organiza una novillada cuyo atractivo es la participación taurina de homosexuales. “Indignada la Sociedad al leer tales anuncios, expresó su disgusto por medio de la prensa, pero el Presidente municipal se negó a suspender la corrida y dio garantía a los afeminados, alabando su patriotismo”. Si esto no es cierto, pertenece a la verdad de los chistes, tanto más agudos cuanto que mezclan lo posible con lo regocijante. Lo innegable es, por ejemplo, la intrusión policíaca en la “boda de los anormales” *El chico y Mimi Pinzón*. Y Delhumeau concluye: “...hace falta una intensa actividad por parte de todos los sectores sociales y gubernativos para evitar el aumento de la homosexualidad, antes de que alcance las proporciones que tiene ya en otros países”.

### *El Ambiente: son todos los que están*

no están todos los que son  
...Sabe que hay un jardín que a sombra huele  
y al que se accede sin llevar tarjeta.  
CARLOS PELLICER. “Soneto a Salvador Novo”

¿Qué es “El Ambiente”? Casi seguramente la expresión deriva del término gay, que se difunde en Norteamérica en la década de 1940, aunque ya circula antes más restringidamente, en su acepción de “alegre, feliz”, que denota la aptitud para el relajamiento de los habitantes del ghetto. Ser “de Ambiente”, también, es tener el ánimo de fiesta a flor de piel, admitir que la ironía, el sarcasmo, los dispositivos satíricos, la parodia, no sólo los representan sino que los definen interiormente, al margen de la calidad del sentido del humor que cada uno posea.

¿Cómo se construye la apariencia de la Gente de Ambiente? En el periodo 1920-1940, que califica la inauguración de estilos y costumbres

ya organizadas, la apariencia se va creando un repertorio de hábitos que se vuelven instituciones: visitas a los sastres reconocidos (verdaderas consultas al oráculo), selección protocientífica de corbatas, mancuernillas y gazarín, elección erótica de camisas y chamarras, remodelación de las tradiciones con el asesoramiento de anticuarios (muchos gays lo son). Y al culto por la apariencia (la profundidad de las superficies) la guía la obsesión wildeana: convertir la vida en obra de arte, usar la sensibilidad y el buen gusto para distanciarse de la barbarie.

También, viajes a Los Ángeles, Nueva York, París y Londres "a soltarse el moño", a "deschongarse". Eso, entre 1920 y 1930, y a partir de 1946 y 1947. Nunca antes ha existido el Ambiente, y entre las exigencias de su élite se encuentran la brillantez epigramática, las casas y los departamentos decorados como "revestimientos del alma". Si los descendientes no existen, se educa con voluntarismo retrospectivo a los ancestros, que jamás hubiesen imaginado el uso heterodoxo de sus muebles, objetos y apellidos. Para los prófugos de la Norma, no es utopía desdeñable "reeducar el pasado". La fantasía es el criterio predilecto de los expulsados de la realidad heterosexual. Para ellos, la moda es el porvenir que los redime de los efluvios del mal gusto y la vulgaridad circundantes.

El que ingresa al Ambiente, al círculo de *los Entendidos*, los que *entienden* los códigos secretos de la vida gay, desiste de las pretensiones sociales y políticas, las que tenga. El Ambiente es muy comunicativo y divulga de distintos modos los nombres de sus integrantes, pintores, escritores, decoradores, músicos, médicos, abogados, maestros. Y el eje del Ambiente son los bohemios burgueses, que socialmente nada tienen que perder y psicológicamente están a salvo de vivir eligiendo máscaras.

¿Cómo se liga? En el caso de los burgueses, crean círculos de información de "seres accesibles", asisten a cantinas y espacios "turbios". En la ciudad de México, se liga en las primeras décadas del siglo en la Alameda Central, en la avenida San Juan de Letrán, en los cabarets.

El proletariado es el territorio de conquista, esos jóvenes musculosos, de apariencia viril (acorde con la mitología de la apariencia), de apetito sexual indiferenciado, que sólo manifiestan la ortodoxia sexual para no denunciarse ante sí mismos y acrecentar su valor ante el protector o cliente.

—CONTINUARÁ—